

La Sociedad Industrial como Objeto Específico de la Sociología

Por Hans FREYER

*de la Universidad de Munster, Alemania.
Colaboración especial para el número
Jubilar de la Revista Mexicana de Socio-
logía. Versión del alemán por Ángela
Müller Montiel.*

I

LA sociología es un producto del siglo XIX, más concretamente, un producto de la revolución burguesa.

Naturalmente que con esta tesis no se quiere afirmar que los hombres no hubieran reflexionado antes sobre los problemas de la vida social. En realidad, lo hicieron desde que fueron capaces de reflexionar y la ciencia, desde hace miles de años se ha ocupado también de estos problemas. En los escritos de Platón y en la *Política* de Aristóteles se encuentra toda una enseñanza referente a la vida social en común. Entre los pensadores árabes y occidentales de la Edad Media se encuentran también pensamientos sobre el orden social y su formación, en una forma altamente sistemática. Lo mismo puede decirse de los pensadores de los siglos modernos, por ejemplo, de Spinoza, Thomas Hobbes, John Locke y Kant. Pero la sociología permanecía siempre dentro del marco de la filosofía y especialmente de la ética. El problema del ser y el del valer se encontraban inseparablemente ligados en ella. Constituía parte integrante del sistema de la filosofía.

Fue hasta el siglo XIX, aunque tuvo algunos precursores importantes en el siglo XVIII, cuando se constituyó la sociología como ciencia propia y especial, con sus propios métodos y las mismas pretensiones que las otras ciencias individuales, de ser una ciencia positiva, fundada empíricamente y con avances metódicos, independiente de las diferencias filosó-

ficas de opinión. Precisamente por lo que se refiere a esta pretensión y a los primeros sistemas que surgieron de ella, constituye el punto histórico, la época de las revoluciones burguesas.

En la vorágine de la Revolución Francesa inició Saint Simon esos estudios un poco caóticos, que constituyen, en la nueva ciencia, la fisiopolítica, cuyo problema era: la forma en que el sistema feudal evolucionaba hacia la sociedad industrial a través de la revolución. En 1830 recibió la sociología su segundo impulso. En ese año apareció la primera parte del *Cours de Philosophie Positive* de Augusto Comte; simultáneamente en Alemania completó la izquierda hegeliana la dirección antropológica y sociológica del idealismo filosófico. En 1848 recibió la sociología su tercer impulso. Este año crucial de la historia europea es precisamente el centro en que se mezclan todas las antiguas direcciones de la sociología para proseguir desde ahí una nueva ruta. Esto se refiere principalmente a las formas alemanas de sociología; a Lorenz von Stein que estudió principalmente los sistemas franceses de socialismo y comunismo y que sacó de ahí una historia y una teoría de la época capitalista; a Karl Marx, que a los cuarenta años dejó el camino de la *Crítica de la filosofía del derecho* de Hegel, para dedicarse a su sistema del materialismo histórico; y a Wilhelm Heinrich Riehl, cuyo libro sobre la sociedad burguesa se encuentra bajo la impresión directa de 1848 y fue escrito con el claro conocimiento de que la revolución social no iba a detenerse ahí, sino que seguiría avanzando. Esta relación entre la sociología y las revoluciones burguesas se hace aún más estrecha, cuando se observan los sistemas que tienen menor significación y están más ligados a la época y cuando se contemplan los demás países.

Si no se explica esto desde el punto de vista de una coincidencia histórico-científica, entonces significa que en estas revoluciones burguesas ha surgido una nueva realidad histórica o, por lo menos, se ha acentuado tanto, que es posible y necesario comprenderla científicamente; a partir de esos momentos se hace notar el hecho sociedad, como una realidad propia, y por lo tanto también como objeto de una ciencia especial.

Ésta es precisamente la tesis con la que la sociología, en donde quiera que se presenta, define su objetivo y justifica su derecho a la existencia. La sociedad, según la forma de expresión más usada, se ha desprendido del Estado, o está a punto de hacerlo. Este sistema capitalista, con sus grandes adelantos técnicos, con sus emancipaciones sociales, con sus luchas de clases latentes o abiertas, se presenta como un campo de fuerzas y movimientos, que escapan a la forma estatal, aunque hasta

entonces el Estado y la sociedad habían funcionado unidos. Estas son las fórmulas mediante las cuales la sociología justifica su existencia como ciencia independiente de la teoría política. A mediados del siglo XIX sonaron por todas partes, en alemán y en francés, en inglés, en italiano, en español y en ruso. Especialmente el año de 1848 fue, en parte un fanal y en parte un sacudimiento en este sentido, por cuanto rompió todos los arreglos que hasta entonces había logrado establecer el liberalismo y puso de manifiesto las características especiales de la revolución social, en contraposición con la revolución política.

Si de esta manera se adjudica a la sociología un sitio histórico definido, también se le da un objeto específico, a saber, ese orden social que la hizo surgir como su conciencia teórica. También en este punto se encuentran de acuerdo todos los representantes de los sistemas clásicos de la sociología. Todos hacen hincapié en que, aunque haya habido siempre una vida social y aunque se hayan expresado muchas teorías valiosas sobre sus formas anteriores, su objeto específico es: el estudio de la sociedad burguesa y su evolución hacia el sistema industrial.

La tendencia a ampliar esta nueva forma de pensamiento y transportarla a toda la historia social de la humanidad, pronto se hizo sentir, ya se trate de la historia de la sociedad industrial, como una de las formas sociales, ya de la multitud de formaciones sociales estudiadas en forma comparada y con la intención de llegar a un orden sistemático. No podría suceder otra cosa sino que una ciencia, especialmente si es nueva, deseara abarcar todo el campo de hechos que pueden abarcarse con sus interrogaciones y métodos. Y esto fue lo que hizo la sociología desde la época de Augusto Comte, después, más completamente, con Herbert Spencer, posteriormente con Emile Durkheim, Vilfredo Pareto y Max Weber.

Pero a pesar de todo, el orden social industrial conservó su sitio clave como objetivo específico de la sociología, desde el principio, y lo ha conservado hasta los sistemas actuales. Desde los fundadores de la sociología notamos la conciencia clara de que su ciencia iba ligada a una nueva realidad social. Es como si los órdenes sociales en los cuales habían vivido los hombres hasta entonces, se comprendieran por sí mismos, y por lo tanto, no tuvieran necesidad de una ciencia propia y como si las relaciones sociales entre los hombres solamente hubieran adquirido carácter problemático, en los últimos tiempos, por lo cual era necesario dedicarles una ciencia, que investigara sus leyes y reglas. De esta manera se formuló repetidas veces el sentido y la misión de la sociología. Los positivistas franceses, en cuyo seno concibió su proyecto Saint

Simon dicen: después de que el antiguo régimen y su orden establecido se derrumbó y surgió el nuevo principio de la producción mecánica, los movimientos sociales materiales han adquirido un ritmo tan rápido que no puede percibirse su meta; debemos estudiar estos movimientos, de la misma manera que el físico estudia los movimientos materiales, pues solamente entonces estaremos en condiciones de comprenderlos. Y, cuando Lorenz von Stein afirmó que la tradicional teoría del Estado debería ser completada como una ciencia de la sociedad, fundó esta afirmación con palabras muy semejantes. “Una nueva realidad, dice, se asoma por las rejas del tiempo, debemos dominar el movimiento social que se ha producido debido a la extensión de la producción industrial, debemos tomarla en la mano, pero para ello deberemos primeramente conocer sus leyes y esta es la tarea de la nueva ciencia.”

II

Mientras que la sociología definió el objeto específico de su conocimiento como teoría de la sociedad industrial, colocándose así en un punto determinado de la realidad histórica, aceptó un pensamiento que hasta entonces se había encontrado solamente en la filosofía de la historia. En ella vivía un espíritu histórico y fue el que determinó las leyes de construcción de su sistema.

De hecho la sociología en casi todas sus direcciones y sistemas antiguos, surgió de la filosofía de la historia y casi siempre con la afirmación de que era una filosofía de la historia con métodos nuevos y realistas, por lo cual colocó abstracciones estrictamente científicas en lugar de las hipótesis metafísicas que tenía la antigua filosofía de la historia. Esta afirmación puede aplicarse tanto a los sistemas franceses que crecieron sobre el terreno de la filosofía positivista, como a los hegelianos que sirvieron de base para la ciencia social alemana. También puede aplicarse a los pensadores ingleses del siglo XVIII, a John Millar, William Pemple y Adam Ferguson, que caracterizaron su ciencia como “historia natural de la sociedad humana” y a quienes se refieren, como a las primeras fases de la sociología europea, Werner Sombart y Carl Birnkmann.

La situación histórica con la cual se sabía ligada la sociología, era considerada por ella como llena de incógnitas, especialmente como una situación en la que se produjo un cambio decisivo en la historia de la humanidad; y precisamente por eso, el aspecto histórico filosófico, fue empleado, por necesidades internas, como nervio del sistema. La aparición del sistema industrial fue considerada o como complemento del

desarrollo social logrado hasta entonces, o como una situación de transición crítica, como un juego intermedio de desintegración entre un orden viejo y uno nuevo; de cualquier manera, fue evaluada como una etapa esencial en toda la historia de la humanidad. La multiplicidad de las formas sociales que se manifestaban hasta entonces en la historia, no fue considerada en el sentido de una morfología sistemática, sino como un camino que conducía hacia el presente y más allá a través de él, es decir, desde un punto de vista histórico filosófico.

Como esquema general del pensamiento se tomó la idea del progreso. La sociología aceptó el pensamiento del progreso, entronizado por el Iluminismo, pero le dio un nuevo contenido a través del espíritu del siglo XIX. El progreso significó entonces: progreso de la producción industrial y del orden social ligado a ella y lo que no estaba comprendido dentro de esto, se tomó como exponente de retraso o como una reliquia de un pasado vencido. Ya en la filosofía de la historia del iluminismo se ve que la época presente tiene un sitio especial y una significación decisiva; caracteriza el punto álgido de la historia, el momento en que la razón surge y se expresa, el comienzo de una civilización racional que en el futuro había de desenvolverse libremente. Precisamente en este punto entran los sistemas de la sociología, como herederos de la filosofía de la historia, cosa que hicieron, como ya dijimos, siempre con el anhelo de poner, en lugar de las construcciones racionales o idealistas de la historia mundial, el conocimiento de sus fuerzas y movimientos reales. Este esquema del tiempo, un futuro visible, como objetivo de la historia, hacia el que conduce todo el conjunto del pasado, y el presente como una crítica época de transición entre ambos, se llenó con todo el realismo del siglo XIX y precisamente la idea de que el presente era el punto en que cambiaba la historia, se hizo más aguda. Pues presente significaba entonces la situación de la forma de vida industrial en la cual había desembocado la historia de la humanidad y que en su desarrollo posterior había de construir.

Donde se manifestó con más firmeza esta transformación de la filosofía de la historia en sociología, fue en Francia y en Inglaterra. En Alemania se completó en una forma más dura, a saber: que la filosofía del derecho y de la historia de Hegel, por lo que se refiere a la sociedad, se revolvieron igualmente, de modo que el desarrollo real de la situación social, quedó en lugar del automovimiento dialéctico de la idea.

Hasta un pensador tan poco revolucionario como Lorenz von Stein, deja la dialéctica histórica sumergida en el proceso social y considera

a éste como al verdadero portador de los movimientos históricos. Con mucha más frecuencia se encuentra esto en el pensamiento de Karl Marx. En su materialismo histórico, las realidades sociales van cargadas del polvo de la dialéctica, es decir, de movimientos revolucionarios autónomos, especialmente porque según Marx, descansan sobre el dominio y la explotación. El presente es considerado, en sentido literal, como el trampolín de la historia como un *hic Rhodus, hic salta*, en la situación de lucha de clases está contenido todo el porvenir.

Ya sea que pensemos en los sistemas socialistas o liberales o socialistas de Estado, o en las direcciones biológicas o historicistas de la sociología (como Herbert Spencer o Ludwig Gumplowicz), para todos ellos, la realidad social es un material esencialmente histórico que se extiende entre el hoy y el mañana y para todos ellos la importancia principal radica en el paso a la forma de sociedad industrial que se ha completado en el presente. La filosofía de la historia europea del iluminismo, con su idea del progreso, por decirlo así secularizó el concepto de previsión de la antigua teología histórica. La sociología secularizó el concepto de progreso nuevamente y esta vez definitivamente, al convertirlo en la dialéctica real del desarrollo de las estructuras sociales. En ella el concepto de progreso es la categoría dominante, por muchos que sean los momentos dialécticos que se introduzcan en el desarrollo del progreso. Y la sociedad industrial es su tema central, como aquella realidad social en la cual domina el progreso desde hace tiempo y en la que se realizarán sus fases futuras.

III

El concepto de que la sociedad industrial constituye el objetivo específico de la sociología, adquiere un nuevo aspecto, si consideramos que el sistema industrial, en los tres cuartos de siglo que tiene de existencia, ha resultado capaz de cambiar mucho, tanto por lo que se refiere a su estructura interna, como al campo que abarca. La forma con la que apareció primero y que conservó durante las primeras decenas de su historia, no fue de ninguna manera la definitiva; y, además, las tendencias de desarrollo que mostró luego no se mantuvieron en la misma dirección en el futuro, sino que cambiaron una o varias veces de dirección. Esto tuvo por consecuencia que los pronósticos que se habían hecho a principios y a mediados del siglo XIX sobre el desarrollo posterior del sistema industrial, según podían vislumbrarse entonces, han variado mucho en el futuro, especialmente aquellos que provenían del campo

liberal. Algunos consideraron los conflictos y contradicciones que surgieron en las primeras fases del movimiento industrial, especialmente el agudizamiento de las tensiones sociales, desde un punto de vista exactamente dialéctico y así llegaron a pronosticar una catástrofe revolucionaria (como el sistema socialista). Todos estos esfuerzos para pronosticar, a través del aspecto primitivo del sistema industrial, su desarrollo posterior, no se han sostenido en la realidad. Especialmente este desarrollo, al pasar del siglo XIX al siglo XX ha tomado caminos que no podían ser previsibles. En la época de la guerra mundial, el sistema industrial adquirió una forma completamente nueva.

En las primeras fases de su historia este sistema se concretaba esencialmente al campo europeo atlántico. Pero en su construcción interna era una formación típicamente incompleta, en proceso de formación y hasta diremos que en una revolución permanente. Un síntoma de esto fue el hecho de que las primeras regiones industriales surgieron como islas en medio de la economía popular, en tanto que las otras partes del país y la vida en las pequeñas ciudades permaneció relativamente intacta. Otro síntoma fue el hecho de que en la técnica industrial, en la dirección de las empresas y en el orden social, entraron toda clase de elementos preindustriales, de la época de la artesanía y del patriarcado, que hacían sentir notablemente su influencia.

En contraposición con esto, el sistema industrial del siglo XX es una estructura ya madura, no en el sentido de que su estructura técnica y de organización se haya completado, ya que es seguro que siga perfeccionándose y extendiéndose puesto que este impulso pertenece a su esencia; pero sí en el sentido de que los principios que le corresponden referentes a la producción en masa estandarizada, el funcionamiento de todas las relaciones vitales de la planeación han alcanzado un valor normativo. También de esto tenemos síntomas significativos, por ejemplo, el hecho de que el análisis de la fabricación de las cosas se lleva hasta la estructura molecular de los elementos y además el hecho de que algunos productos especiales son construidos en la mejor forma posible con lo cual se borra por completo su origen y el modelo orgánico o artesano de donde se sacaron.

Al llegar a esta forma superior el sistema industrial se libró radicalmente de sus fundamentos ligados al mundo preindustrial y también rompió sus lazos con las estructuras occidentales específicas. Actualmente se ha extendido a regiones que en 1850 y aun en 1880 no había alcanzado. Su extensión universal constituye uno de los más importantes temas históricos del siglo XX y la política mundial está bajo este

signo, cuando durante el siglo XIX se encontraba aún bajo el signo de que las fábricas europeas y norteamericanas eran consideradas como los talleres del mundo, en tanto que los demás países eran solamente proveedores de materias primas y mercados sustitutos para el excedente de producción.

En la época de la guerra mundial se forjó la nueva forma de la sociedad industrial. Desde la segunda y la tercera década de nuestro siglo empiezan a bosquejarse sus líneas fundamentales. Coinciden exactamente en fechas con los éxitos técnicos que han producido lo que se ha dado en llamar "la segunda revolución industrial"; con la liberación de la energía nuclear y con el uso técnico de sus reglas, es decir, con el principio de la máquina totalmente automática. Las guerras contribuyeron mucho a este cambio de estructura. Es ya sabido que siempre contribuyen al progreso de la técnica. Lo mismo sucedió en la época de la guerra mundial, junto con el periodo intermedio entre las dos guerras y el periodo de la postguerra, con su múltiple ir y venir entre los periodos de tensión y de tranquilidad, que debe ser considerado como una época de transición durante la cual la nueva forma del sistema industrial llegó a una rápida madurez.

Esto no se refiere solamente a la construcción del aparato técnico ni a los adelantos que se lograron en él, se refiere también a las instituciones y a los principios de administración, por medio de los cuales se implantó el nuevo orden en la sociedad, a los métodos de organización del trabajo, de racionalización de las empresas, de la resolución de los problemas de tránsito, de disposición de los utensilios, de la satisfacción de las necesidades de las masas, de la distribución de noticias a todos. En una economía popular moderna, en la cual la mayoría de la gente está separada de las fuentes originales de alimentación y trabajo en funciones altamente especializadas, todas las acciones y todas las necesidades son en alto grado interdependientes. Cada individuo depende del funcionamiento del todo y especialmente de las disposiciones explícitas que le permiten obtener lo que no podría obtener por sí mismo, en una economía autárquica.

Esto se manifestó especialmente en los países azotados por la guerra, desde luego en la necesidad y en las situaciones excepcionales creadas durante la guerra y en la postguerra. Reglamentos de construcción, planes de producción, dirección de la mano de obra, economía de las materias primas y de los espacios, son categorías que se generalizan. Pero aun sin tener en cuenta estas circunstancias especiales, se hace

sentir la necesidad de hacer más estrictas las reglas a fin de que la existencia de masas, tal como ahora existe, pueda proseguir su vida normal.

Cuando se derrocaron las medidas tomadas durante la guerra y durante las épocas de crisis, el sector colocado bajo la administración pública, no se redujo a su antiguo tamaño, sino que aumenta constantemente. Estè es el carácter más notable de la sociedad industrial del siglo xx, en contraposición con la del siglo xix, el que en casi todos sus actos está sujeto a la administración oficial y a causa de esto se ha convertido en una estructura de muchos pisos en la que intervienen organizaciones privadas y semioficiales, como en un sistema de grandes asociaciones con su propia burocracia. Es una estructura de una complicada organización; de las figuras individualistas fundamentales, de los cuales partió en su tiempo la primera estructura del cuerpo industrial, del mercado libre, de la libre concurrencia, del contrato libre de trabajo, se ha alejado muchísimo. La necesidad de la seguridad y la planeación, la tarea constantemente creciente del estado social y la multiplicidad de intereses han impuesto este ordenamiento como de colmena.

La participación inmediata del Estado en la economía del pueblo ha crecido también constantemente, los proyectos que, debido a su magnitud o a su importancia pública caen bajo la mano oficial, son cada vez más numerosos. También en los países en los que antes esta intervención del Estado no era aceptada, la participación económica del Estado y de sus ramificaciones ha ido en aumento constante. Pero son todavía más importantes los medios, las leyes, los ordenamientos, las decisiones, a través de las cuales participa el Estado en la vida social. Por medio de los impuestos y la política de valorización, por medio de subsidios y medidas de saneamiento en masa, frecuentemente también por medio de recompensas y premios, regula todo el conjunto de la vida económica y se convierte en un factor de producción en que se concentran todas las fuerzas del presente.

Como Estado social se ha constituido en defensor del producto social, en gran estilo, aun de los aspectos obligatorios, porque el hombre, en las actuales condiciones de vida necesita un aparato más amplio de protección y porque una parte creciente de la población depende de las medidas de seguridad y protección que en las condiciones anteriores estaban a cargo de las familias, los vecinos, las iglesias y las organizaciones caritativas, pero que en la sociedad de masas, en la que domina una gran intervención del Estado, solamente pueden ser llamadas por un sistema social de organización burocrática.

En comparación con la sociedad capitalista del siglo xix que, según

las palabras de Joseph Schumpeter, existía en un proceso constante de destrucción creadora y que estaba constantemente sacudido por crisis económicas, el sistema de la moderna sociedad industrial, en los países adelantados del mundo occidental, indudablemente que se ha estabilizado. Ha solucionado muchas de sus tensiones internas; por lo menos, en lugar de las agudas luchas de clase tenemos ahora diferencias bien reglamentadas entre los poderosos grupos organizados de la sociedad. Los plazos y espacios sobre los que se extiende la planeación se han ampliado notablemente, algunos de los grandes planes que se han hecho confiando en los grandes adelantos de la ciencia, sobrepasan con mucho las utopías del siglo pasado. El equilibrio de los trastabilleos, el freno de los trastornos, el alivio de los sacudimientos, todo esto pertenece a la tarea de la actual política económica y social. La estabilidad es un desiderátum que se asegura a través de muchos medios, pero tanto la tendencia a largo plazo de la expansión, como la intranquilidad activa del riesgo personal, son planeados conscientemente. Así se construye una estructura rica en tensiones y altamente sensible, pero más resistente a las crisis de lo que fue la sociedad industrial en su primera fase y también, según esperamos, más capaz de resistir a la presión política.

Precisamente en la época de la guerra mundial, en la que se formó la nueva estructura de la cultura industrial, aumentaron extraordinariamente las presiones a las que estuvo sometida. Aumentaron en el sentido de que en la nueva situación mundial se enfrentaron entre sí potencias de un orden de magnitud totalmente nuevo y de que surgieron nuevas formas de la distribución de poderes, además de la amenaza de la guerra. Desde la revolución de 1917, el sistema industrial se nos presenta a través de una doble caracterización: como Estado social de tipo occidental que, de acuerdo con las reglas de la democracia, integra los intereses de la sociedad a través del pluralismo, y como comunismo totalitario ambos sistemas industriales tienen escenas semejantes y son similarmente militaristas, de modo que no son más que el lado inverso de la misma cosa. La abolición de esta dualidad, que se expresa en los conceptos de occidente y oriente, sería el resultado más importante de dos guerras mundiales en el mundo actual. Con esto no queremos decir que sea la última palabra en la historia mundial. Los dos sistemas se enfrentan claramente entre sí en dos frentes bien definidos y estos frentes se han establecido en un mundo que, en su conjunto se ha lanzado a la aventura de la industrialización.

IV

En las dos últimas generaciones humanas, es decir, simultáneamente a la modificación del sistema industrial, en su nueva forma, esta ampliación de la forma de vida industrial se ha extendido sobre grandes porciones de la tierra. A partir de la segunda guerra ha entrado en su etapa decisiva. La técnica inventada en los antiguos países industriales ha resultado maravillosamente transferible y mientras más se perfecciona más fácil es de transportar. Y lo mismo las relaciones humanas, la rutina de trabajo y la viveza y objetividad del pensamiento, típica de estas sociedades, no sólo han encontrado, desde hace tiempo, discípulos aventajados en todas partes, sino verdaderos maestros. Es una anticipación normal decir, teniendo en cuenta el futuro próximo, que el industrialismo, después de haber sido probado en un modelo en todo el occidente, durante el siglo XIX, se convertirá en la ley de la vida de todo el planeta, o que está a punto de lograrlo.

El sistema industrial se extiende, como una segunda capa, en forma regular, por toda la tierra, sobre las antiguas formas culturales y sobre los órdenes populares tradicionales, de una manera semejante a como los grandes Estados modernos construyen en sus terrenos y cubren con asfalto y otros productos artificiales el suelo natural. Este proceso avanza con gran vehemencia. Una vida humana basta para electrificar una zona que hasta entonces había sido agrícola y para transformar en una sociedad industrial una comunidad que vivía de acuerdo con formas sociales milenarias. Los resultados de la revolución industrial que hace 150 años comenzó a sacudir a los pueblos europeos, se repiten en nuestros días en un alcance mundial y con un ritmo más acelerado, reducido a unas cuantas decenas de años y convierte a toda la tierra en campo de fuerzas unitarias, pero lleno de tensiones.

Por lo que se refiere a la sociología, la sociedad industrial es su tema específico, en un nuevo sentido. No solamente porque el sistema industrial, partiendo de las normas europeas y americanas se ha convertido en el destino de todo el mundo, sino principalmente porque ahora todos los pueblos, todas las culturas y todos los órdenes sociales que existen sobre la tierra, se enfrentan al problema de cómo lograr la transición a la forma de vida industrial que tienen por delante o en la que ya se encuentran metidos; lo que tienen que poner para ello y lo que tienen que sacrificarle.

Consideraríamos este poderoso cambio solamente en su forma superficial, si lo miráramos solamente como la simple extensión de las cos-

tumbres civilizadas occidentales y sólo deseáramos comprender la adaptación a las mismas. Desde luego que el sistema industrial en este aspecto está lleno de exigencias. Exige primeramente que los hombres se adapten totalmente a su ritmo, a sus formas de actuación y a sus reglas formales. Pero esto es solamente la superficie de las cosas. Estos cambios sociales tan completos, se hacen sentir profundamente en la sustancia humana y mueven a todas las fuerzas que están reunidas ahí. El individuo aislado posiblemente logre con rapidez y decisión adaptarse a todas las exigencias del trabajo moderno en el mundo y a todas las condiciones de la existencia de masas, consiguiendo así el éxito en la vida. Pero los pueblos adquieren un nuevo destino cuando se van desarrollando en un sistema industrial, en la intervención del Estado y en estructuras sociales racionales, pero cuando pasan a estas formas de un momento a otro, no a través de un desarrollo gradual, sino en forma rápida, esto significa una transformación que no deja punto sin tocar en las capas profundas vitales y espirituales.

Todos los pueblos de la tierra pasan actualmente a través de estos sacudimientos cuando, por sus propios medios, buscan y encuentran el camino hacia la cultura industrial. El hecho de que el orden de vida industrial descansa sobre una técnica exactamente científica, es decir, enseñable y de que sus instituciones constituyan un sistema racional y por lo tanto manipulable, tiene como consecuencia que no sea exclusivo de una parte determinada de la humanidad.

Precisamente por eso es transferible; es posible realizar este orden en muy diversas formas humanas. Apenas se puede prever ahora, todo el cúmulo de posibilidades que habrá, cuando el sistema industrial haya absorbido todas las fuerzas vitales y espirituales de la tierra; la historia se encuentra, sobre este punto, abierta hacia el futuro. Sin embargo, desde ahora se puede comprobar, en diversos ejemplos que, cuando un pueblo completa el paso a la cultura industrial, muchas de sus características históricas y tradiciones naufragan en la nueva situación. La industrialización actúa pues como una especie de catalizador. Despierta las fuerzas que se habían reunido hasta ahora, a una nueva vida histórica.

Todo este múltiple panorama presente y futuro, tiene ante sí la sociología, cuando toma como tema central la sociedad industrial. Con la difusión universal del sistema industrial, el tema ha adquirido también carácter universal. Comprende todos los hechos que actúan en el proceso mundial de la industrialización, como condiciones de iniciación, como factores de cooperación y como saludables obstáculos.